CONTEMPLAR LA PASIÓN DE JESÚS

Ojos que no ven, corazón que no siente. Es posible que hayas pasado tu vida –hasta el día de hoy- al margen de lo que sucedió hace ya unos dos mil años. No te lo reprocho. Pero sí te pido que te pares un poco y contemples el misterio. Sólo así se podrá abrir tu corazón: cuando veas lo que Alguien hizo por ti. Te darás cuenta de que –a pesar de los años transcurridos- tú estabas allí presente, y tus obras también. Te sorprenderás descubriendo una realidad que hasta ahora –quizá- ignorabas o no querías afrontar: en la Cruz, en el momento cumbre de la redención, Dios… pronunció tu nombre.

Te propongo cinco momentos de la Pasión de Jesús para que los contemples. No los leas deprisa. Ve despacio imaginándote la escena. Y entonces, participa de ella, como protagonista que eres de la historia. Habla con Jesús en la cruz; consuela a María, ayuda a Nicodemo a quitar los clavos…, y, sobre todo, escucha.

Te recomiendo que te vayas al oratorio y que de vez en cuando mires al Sagrario. Te darás cuenta que el mismo Dios que se encuentra metido en una caja de metal es el que volvería a sufrir por ti la pasión.

FLAGELACIÓN

Pilatos le manda azotar. La columna es de mediana altura, de forma que el condenado pueda recostar su pecho en ella, dejando más superficie para los látigos. Tres parejas de esclavos son sus verdugos. Y le atan con cuerdas –para qué, no se va a escapar- y le golpean y se burlan mientras se oyen los clamores del pueblo festejando la ejecución.

Y empiezan a azotar a Jesús. El primer azote… Y el segundo, y otro, y otro más. El flagelo penetra en el Cuerpo Sacratísimo de Jesús, arrancándole la carne a cada golpe. La sangre, cada vez más abundante, cubre enseguida toda la espalda y va manchando los brazos de los flageladores. Más golpes, más. La primera pareja, agotada, entrega su turno a la segunda. El cuerpo de Cristo se va llenando de manchas de diversas tonalidades. El griterío va aumentando: "mátalo, bórralo de la tierra". El gemido del flagelado, el rugir del pueblo, los latigazos, los gritos de los verdugos, algún silencio desorientado y, allá al fondo, el balido de los corderos pascuales.

Le toca el turno a la tercera pareja, que no teniendo blanco donde golpear, invierte de posición al flagelado. Jesús está de cara a los verdugos. Más golpes, más saña, más aún. Es el colmo de la humana crueldad. Al cabo, rendidos, desatan a Jesús que cae –en el charco de su propia sangre- tronchado y medio muerto.

Acércate como lo hacen también los Ángeles todos del cielo. Y pásmate al ver así al hijo de Dios. Acércate más, hasta escuchar su respiración entrecortada, jadeante. Y deja que tu corazón se expansione.

-¿Entiendes ahora la gravedad de tu indiferencia con Dios? ¿Entiendes lo que vale un solo pecado? ¿Entiendes por qué hay que entregarse del todo?

CRUCIFIXIÓN

Llegando al calvario despojan a Jesús de sus vestiduras. Cristo Rey se muestra desnudo sobre la cruz. El primer contacto con esa madera es un relámpago de alegría. Jesús se tiende de espaldas para ser clavado. Ha llegado la hora, la plenitud de todos los tiempos. Antes de cerrar los ojos por el reflejo de un ciego terror, Jesús mira por un instante el cielo perfectamente azul.
Uno de los esclavos estira su brazo derecho sobre el brazo derecho de la cruz. Le abren la mano y le apoyan sobre la carne un clavo grueso y largo. El golpe es como una explosión de su propia mente.
No consiguen que la mano izquierda llegue a su sitio, por lo que atan una cuerda a su brazo y tiran con fuerza. El pecho de Cristo se levanta y sus rodillas se agitan por la dislocación de sus brazos. Ahora hunden el otro clavo en la palma de su mano.
Las rodillas se vuelven locas, no llegan los pies al lugar previsto. Y otra vez cuerdas, y otra vez estirar violentamente, hasta llegar al punto exacto. Ahora el clavo es mucho más largo… y con él, taladran los pies de Cristo-Dios.
Y mientras, Jesús: "Padre perdónales porque no saben lo que hacen".
- Y yo tampoco sé lo que hago; y tampoco tú. ¿Por qué matamos a Cristo? ¿Cómo es posible que a veces seas tú mismo quien levante la mano contra Jesús para hincarle uno de los clavos?
- ¿Serás capaz de huir, taparte los ojos ahora y mirar a otra parte? No huyas. Déjate capturar por Cristo. Déjate robar el corazón… Jesús se deja clavar en la cruz para que tú mismo sepas lo que Dios está dispuesto a hacer por ti. ¿Por qué no le dices ahora: Jesús, gracias por lo que has hecho por mí, perdóname porque soy yo el culpable, ayúdame más para que no vuelva a pecar nunca más?

EXALTACIÓN DE LA CRUZ

Ya está cosido al madero. En medio de la tierra se alza la Cruz por primera vez. La base se hunde en tierra, queda inmóvil; pero la cumbre se estremece con la sacudida. Las heridas de Cristo, al momento, se abren todas. Jesús lanza un grito horrendo. Y los Ángeles. Y tu Madre del cielo. Y tú y yo.
Al ruido de la Cruz hincándose en tierra se produce un silencio solemne… para que tú contemples.
En ese preciso momento suenan las trompetas anunciando la matanza del cordero pascual en el Templo.
Y comienza ahora para Jesús el suplicio que se prolongará por espacio de tres horas. La muerte en cruz reúne prácticamente todos los sufrimientos de todos de todos los sistemas de ejecución inventados.
El cuerpo clavado en cruz se asfixia por falta de aire que llegue a sus pulmones. Para conseguir respirar, el condenado debe impulsar su pecho hacia arriba, apoyándose necesariamente en las heridas de los clavos. Esta operación se repite continuamente, para cada bocanada de aire. El cuerpo se contrae de pies a cabeza. El cuerpo entero se convierte en su propia cruz. El tiempo de dolor –una muerte lenta- lo hace todo aún más insoportable.
-Y todo esto, todo, lo está sufriendo Dios… por ti. No se le ha de ahorrar nada. Puede parar este proceso en cualquier momento: es Dios. Pero Jesús no hace nada de eso. Porque es Hijo

de Dios quiere seguir muriendo. No baja de la cruz porque es su trono. Y en él nos ha salvado, nos ha perdonado.
-¿Y tú? ¿Qué haces por Cristo? Acércate. Acércate también ahora y mira al que traspasaron tus pecados. Míralo despacio. No hay prisa. Se deben parar los relojes. Estamos asistiendo al momento cumbre de la redención. Es el precio de nuestro rescate, de nuestra salvación.
-¿Te has preguntado seriamente alguna vez qué hace Dios colgado a un madero? Piénsalo, medítalo. Asómbrate de vera un Dios locamente enamorado del hombre… también de ti. ¡Loco divino!
-Y a ti que te contentas con hacer lo que hace todo el mundo; a ti que te contentas con ser bueno; a ti te diré que Dios lo entrega todo y lo pide todo; que Cristo no está en la cruz para que seamos muchachos buenos. Quiere ganarnos el corazón.
Cristo en la Cruz está sediento… de almas. Toda la pasión la ha sufrido para que todo hombre sepa que Dios le quiere hasta el extremo. ¿No te parece éste un mensaje conmovedor para decírselo –gritárselo- a tus compañeros, familiares, amigos...?

MUERTE DE JESÚS

La naturaleza no es ciega a todo lo que le sucede a su creador y también llora y gime a su manera. La luna tapa velozmente al sol. Tras este eclipse el Calvario queda iluminado solamente por las estrellas, que despiden una luz agónica, ensangrentada. La oscuridad produce un pavor general en todo Israel. No hay fuego capaz de iluminar esta profunda noche. Las injurias en torno a Jesús disminuyen, y algunos judíos – temblorosos por lo que están viendo- vuelven sus ojos arrepentido hacia la Cruz. Los fariseos, atemorizados también, tratan de explicarlo todo con razones naturales, pero su voz va acallándose poco a poco. Se hace el silencio.
Y Jesús, casi en un susurro, sigue repitiendo sin cesar: "¡Padre, perdónales porque no saben lo que hacen!".
Llega la hora de su glorificación. Su cuerpo está pálido como la luna. Sus brazos abiertos como sacerdotes. Con la última lumbre de su espíritu alza la cabeza coronada y grita: ¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!, e inclinando la cabeza, expira. Jesús arranca su alma de su cuerpo y la deposita en la mano extendida de su Padre.
El firmamento cae fulminado, un terremoto enorme sacude la tierra, resquebrajando la propia roca del Calvario: se abren algunos sepulcros, y muertos vuelven a la vida; los Arcángeles lloran como pueden. Jesús ha muerto…
-Ponte de rodillas para contemplar este misterio. No hacen falta las palabras. No llegamos a comprender tanto derroche de amor.
-¿Qué te dice a ti la muerte de Cristo?

DESCENDIMIENTO

José de Arimatea y Nicodemo se ocupan de transportar los objetos necesarios para embalsamar el Cuerpo de Jesús. Sus sirvientes cogen algunos instrumentos para desclavarlo de la Cruz. Nicodemo lleva consigo cien libras de bálsamo.
La Virgen Santísima y la Magdalena aguardan sentadas al pie de la Cruz; las otras mujeres están ocupadas en preparar los paños, los aromas, el agua, las esponjas y los vasos.

Todos están conmovidos, llenos de dolor y de amor, y al mismo tiempo, silenciosos y con una gravedad solemne. Menos la Magdalena, que se abandona enteramente a su dolor y nada consigue distraerla.
Comienza la obra piadosa del descendimiento de la Cruz. Con una sábana sujetan el Cuerpo frío, cadáver de Cristo, al madero de la Cruz. Y quitan el primer clavo, el de la derecha, dejando caer despacio el brazo sobre el cuerpo. Luego, el de la mano izquierda. Los clavos salen con facilidad de las llagas, abiertas por el peso del cuerpo. Al mismo tiempo, esta vez con más esfuerzo, arrancan el gran clavo de los pies. Con ayuda de las sábanas y la es calera van descendiendo despacio, con las mayores precauciones, el Cuerpo sin vida de Jesús. Ya en tierra envuelven el Cuerpo con un lienzo y lo entregan a su Madre. Se renueva el dolor de María.
-¡La Madre con su Hijo Dios, muerto en sus brazos! ¿Puede existir para una madre un dolor más fuerte que éste? Una espada atraviesa tu alma, María.
Su cabeza en las rodillas de su Madre; sus pies, en las rodillas de la Magdalena. María cubre de besos el rostro desfigurado; Magdalena, de lágrimas, sus pies heridos. No hay en él nada sano: heridas, hinchazones, llagas podridas, ni curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite. Comienzan a limpiarlo con más cuidado que si estuviera vivo.
María le desprende la corona de espinas, con tanta precaución cómo si aún pudiera causarle algún sufrimiento. Una a una va cortando las espinas clavadas en la cabeza de su Hijo. Le limpia la cara, la sangre que cubre sus ojos, su boca entreabierta… Y así con todo el Cuerpo, limpiando las señales de los ultrajes recibidos.
-Ya ha pasado todo. Jesús ha muerto y descansa en brazos de su Madre. ¿Te imaginas el dolor de María? ¿Sí? Pues eso es lo que siente ella por cada pecado nuestro. Anímate: acércate a tu Madre y prométele que ya no ofenderás más a su Hijo, que estás arrepentido de tantas miserias y errores que has cometido, y que a partir de hoy, ahora, jamás te separarás de Él. Con las ayuda de María, incluso tú y yo podemos ser santos.

Has contemplado la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. No pretendo que derrames ninguna lágrima. Tampoco lo quiere el Señor. Pero no te puedes quedar indiferente. El contemplar a Cristo muriendo, debería plantearte tu vida cristiana de otra manera. No puedes "frivolear", ni ser un superficial. Es propio de las personas mediocres.

Responde a estas preguntas

1. ¿Tienen que notar los demás que te has convertido? ¿Por qué?

2. ¿Es necesario el sacrificio para querer al Señor?

3. ¿Te conformas con lo que quieres al Señor, o tienes la ambición de quererle más que nadie en el mundo?

4. ¿Qué medios puedes poner para que tu conversión no dure sólo hasta que acabe el curso de retiro, sino que te dure para toda tu vida?